

Permanentes recuerdos de cortos viajes

Joaquín-Armando Chacón

¿Cómo recuperar a través de la ficción los episodios más emblemáticos de la infancia, aquellos en los que se conoce por vez primera la fascinación del otro y, sin embargo, ocurre ese momento en que se corrobora la imposibilidad de mantener el embeleso? En este relato, Joaquín-Armando Chacón teje una historia sobre el descubrimiento de la pérdida en la niñez.

Para Hugo Arquímedes, escultor de Ciudad Juárez

Y, me di cuenta entonces, no era sólo un ejercicio de la memoria; era también un ejercicio de nostalgia, y no sólo un ejercicio, sino una compulsión y un arte.

OLIVER SACKS

Sí, precisamente eso, un ejercicio de nostalgia, una compulsión y tal vez un arte. Unos momentos del pasado, perdidos y quizá sólo recordados por mí y repetidos incansablemente, cambiándoles el orden una y otra vez, agregando un detalle, un sonido, una imagen borrosa, o suprimiendo tal vez un gesto, algo, y quizá con ayuda de la suerte, también pasajera, en alguna ocasión atrapando esos recuerdos como realmente sucedieron.

Aquí, en esta habitación, como anteriormente en otras más o menos iguales de diversos países, me des-

pierto intranquilo, casi siempre hacia las tres de la madrugada, e intento recordar el rostro de la mujer que hace unas horas, dos, seis o nueve, no importa, estuvo aquí a mi lado, pero no lo consigo. Tal vez esa mujer regrese mañana, dentro de tres días o en una semana. Puede ser posible que no regrese nunca más. No importa. Pero tampoco será extraño que a esa mujer de unas horas antes, en el transcurso de los próximos días la encuentre nuevamente en algún evento social de esta ciudad, por lo regular acompañada por el marido, de un pretendiente o de alguna de sus amistades femeninas, así como el que se presente sin aviso cualquier próxima mañana en mi galería con la esperanza de volver a ser invitada a las habitaciones en el piso de arriba o para sugerir una fecha y una hora determinada. Quizás



Amadeo Modigliani, *Marie*, 1917

entonces, al mirar su rostro, los ojos, la forma del cabello, las líneas del cuello, la peculiaridad de su sonrisa, o por el acento de su voz, regrese piadosamente el recuerdo y durante un espacio de tiempo estará presente en la memoria y en mi piel. Pero posteriormente, hacia las tres de la madrugada, dentro de mí sólo resonará el eco de esos tacones que se alejaron llevando un cuerpo y un rostro que después del placer han quedado ausentes, para siempre, de mi vida.

Los dos únicos y verdaderos amigos de los últimos quince años suelen, de tanto en tanto, interrogarme frente a unas copas de vino, después del whisky escocés, de saborear el aroma del coñac o en la apetencia de un café cortado, con curiosa amabilidad, debido a la confianza que la amistad otorga y, en ocasiones, aguijoneados tal vez por una mujer que me dedica un saludo desde lejos, por aquella otra que se ha acercado con una sonrisa trémula o por la que al pasar a nuestro lado y descubrirme entrecierra los ojos un instante. Mis amigos nunca han quedado satisfechos con mi repetida respuesta, esa que niega toda nostalgia imborrable por alguna de las mujeres de quienes han llegado a tener conocimiento de haber estado ligadas a mi existencia, ya sea porque lo supieron por alguna amistad lejana, por un chisme o un rumor que traspasó las fronteras, en

ocasiones debido a algún escándalo impreso en algún periódico o revista para alimentar el morbo de determinados lectores o más sencillamente por haberlas visto en mi compañía durante un tiempo o en determinados momentos. No, no, no, ha sido siempre mi respuesta a propósito de si la pintora de los cuadros de ángeles, de la viuda millonaria, de la dama de la mansión equis, de aquella mujer misteriosa del verano pasado, como había sugerido uno de mis amigos, o si lo fue la escritora de novelas perversas, y yo negaba con displicencia, lo mismo que cuando sugirieron sobre la modelo austriaca de su corto veraneo en la ciudad. De seguro que la actriz inglesa de tal invierno, decidí con firmeza mi otro amigo, pero no, se equivocaba también él, no, ninguna: ni la brillante tenista, ni aquella apasionada que conocimos en el coctel de la embajada rusa. Y uno u otro insistieron en que tal vez aquella falsa condesa de un país remoto o, si acaso, la de hermosos ojos de laguna calma y de tantas otras que solamente ellos tienen presente. Y no, no, siempre mi respuesta, serena, tranquila: Ninguna, mis queridos amigos, ninguna. Y ellos quedan conformes por un tiempo, hasta que a uno de mis dos amigos le renace por cualquier motivo la curiosidad, ya que, aunque sin reclamo alguno, intuyen la mentira cuando yo pronuncio las palabras “ninguna de ellas”.

Quizás en alguna ocasión me atreva a confesarles que sí, que existió una mujer imposible de olvidarla, aquella que a las tres de la madrugada suele visitarme en mis noches de insomnio para hacerme retornar a ese ejercicio de nostalgia con el cual recupero brevemente ciertos momentos del pasado perdido.

Dauphine apareció repentinamente en el pueblo de mi infancia, ese pueblo hundido en un pequeño valle que hacia el oeste y el norte lo rodeaba el final de una cordillera, con montañas dispares que, en aquellos años, le impedían extenderse en esa dirección, aunque en las faldas de sus montes y en sus recovecos y vadeando o cruzando angostos ríos otros caseríos se instalaban, y, por los lados contrarios, el pueblo apenas pretendía el reencontrarse con las ciudades de más allá, más modernas y mucho más habitadas y con mejor clima. Pero al mío, a mi pueblo, por algún interés conveniente de los habitantes fundadores lo prefirieron en ese lugar apartado y tranquilo.

Eran los principios del otoño y el viento de cada año ya viajaba con su peculiar estilo por entre las calles. Dauphine cruzó por los pasillos de la vieja escuela llevando al cuello una de las dos bufandas que le conocería, en esa ocasión la lisa de color morado, y subió las rechinantes escaleras rumbo a la dirección general y feudo del director jorobado y su secretaria rechoncha y casi enana. Cuando Dauphine volvió a bajar las escaleras ya

habían surgido por pasillos y salones mil conjeturas sobre la visitante: que sería la futura maestra de idiomas, dijeron, pero que no, que pertenecía a una orden religiosa y venía para mostrarnos la verdad oculta de textos antiguos, o que estaba recién instalada en el pueblo pues esos aires conseguirían sanarla de alguna maligna enfermedad, o bien que era la hija del dueño de la importante empresa del pueblo y se acercaba para cumplir una labor social, pero no, que era la espía de uno de los países fronterizos, de donde estaban a punto de declararnos la guerra y muchas otras versiones, algunas remotamente cercanas a la verdad.

Era una mañana en la cual yo había sido reprendido primero por la profesora Peg por no atender la lección, ocupado en terminar uno de mis dibujos secretos y después, al hojear la profesora el maltratado cuaderno donde los realizaba lo hizo inicialmente con cierto horror y enseguida, en ciertas hojas con peculiar asombro, interesarse por mis inclinaciones artísticas, para avisarme después con buena cara que ella iría a platicar con mi padre a la primera oportunidad. Eso ocurrió hasta varias semanas después y en ese intervalo no volví a ver a Dauphine, pero su nombre lo escuchaba entre las alumnas y compañeros, así como que alguien la había encontrado en compañía de una enfermera y que alguien más la vio regresando nocturnamente al pueblo por la carretera del sur en el suntuoso automóvil de uno de los directivos importantes de la empresa principal, y de muchos que la vieron cruzando por algunas de nuestras calles, despertando admiración por su singular belleza, o bien riendo a carcajadas junto a unos visitantes de la empresa o asistiendo muy temprano y entre semana a la antigua iglesia junto al riachuelo.

Mi padre me comentó durante la cena de la visita a su lugar de trabajo de la profesora Peg, y del trayecto que acompañado por ella hicieron hasta el tercer piso del edificio de la empresa, lugar hasta entonces desconocido por mi padre, para que la profesora le expusiera sus razones al gerente, consiguiendo de él esa aceptación que cambiaría para siempre mi futuro.

A la semana siguiente, una tarde fría de cielo cerrado, esperé en una esquina de la plaza central por primera vez el autobús de la empresa y en el cual, en un largo viaje con paradas de tanto en tanto, en las orillas del pueblo y en los caseríos más alejados, para irse desprendiendo de los hombres y mujeres que regresaban a sus hogares después de su labor en la primera jornada, llegamos hasta donde el chofer me indicó mi parada y por cuál sendero dirigirme para encontrar la casa de quien sería mi maestro: un anciano de enorme cabellera blanca que se movía con dificultad por la amplia estancia, a veces ocupando la silla de ruedas y golpeando sin precaución cualquier objeto a su paso y con una voz tronante, de matices extranjeros, por entero ajena a su

figura. Y allí, en el fondo, a un lado de la ventana, detrás de un caballete y un lienzo estaba Dauphine, una bufanda con rayas horizontales en blanco y negro, como el resto de su atuendo.

Recuerdo bien mi sobresalto cuando el maestro Folke se puso a revisar los cuadernos que le llevaba, observando críticamente cada una de las hojas, e ir mostrándoselas a su esposa, delicada figura también de cabello blanco y mirada bondadosa, quien negaba o aceptaba sin aspavientos. Determinadas exclamaciones del maestro obligaban a Dauphine el apartarse de su labor, hasta que un prolongado silencio, las cabezas de los ancianos muy juntas frente a las hojas de otro de mis cuadernos, la hizo bajar de su tarima para ir también a observar los dibujos. Yo bien sabía qué representaban las ilustraciones de esas hojas, antes únicamente miradas por la profesora Peg y quien me había insistido en que no fuera a olvidarme de llevarlas, que no fuera a temer por las opiniones, y en esos instantes en mis orejas se producía un terrible ardor. Al cerrar de golpe el maestro ese cuaderno, mis tres jueces dirigieron su mirada hacia mí. De Dauphine conservo para siempre esa primera mirada directa y la disimulada sonrisa. Una mirada por completo diferente de aquella con la que el maestro se acercó a mí, golpeando una mesa, haciendo tintinear la tetera y las tazas con té de frutas dispuestas por su esposa para nuestro primer encuentro, y que al estar frente a mí fue disipando su sonrisa lentamente y, en su final, el maestro Folke me señaló una silla frente a un pupitre y luego un jarrón roto y varias botellas que estaban enfrente. “Dibujen. Pinten”, nos ordenó a Dauphine y a mí. Las tazas de café se quedaron sin uso en esa sesión en la mesa cercana, encogimiento de hombros de su esposa, mientras el maestro nos hablaba de Modigliani, de Gauguin y de Paul Klee, sólo para que lo escucháramos, ya que si levantaba la vista él me indicaba con un ademán que siguiera en lo mío. Esa fue la primera clase y por ese rumbo siguieron las demás, contándonos de Piet Mondrian, Munch, Jackson Pollock o Joan Miró, con la diferencia de que él se detenía de vez en cuando para mirar nuestros trabajos, darnos indicaciones por separado e insistir en los detalles, y de que había siempre un momento para descansar y beber el té preparado por su esposa y mostrarnos libros y estampas de sus pintores favoritos insistiendo siempre en los detalles. Al terminar la clase, el maestro Folke o su esposa acomodaban la bufanda, la morada o la tejida en negro y blanco, en el cuello de Dauphine y ponían un beso en su frente y luego en la mía. Tres veces por semana acudíamos desde nuestro pueblo a esa casa apartada en mitad de la montaña y al salir de ella, en la noche cerrada, Dauphine avanzaba adelante de mí con pasos decididos hasta donde la esperaba el chofer de un poderoso automóvil, abriéndole la puerta para que ella se

acomodara en el asiento trasero y acto seguido partían velozmente dejando una estela de polvo. Yo tenía todavía que caminar un buen trecho y esperar el autobús de la empresa en un cruce de caminos, el cual llegaba con un distinto chofer y una pareja de ancianos como pasajeros, pero en el trayecto de bajada iba recogiendo a otros empleados, sobre todo mujeres, posiblemente dedicadas a la limpieza, que no dejaban de charlar en voz alta todo el camino, interrumpiendo mi necesitado sueño. Eso fue así durante las primeras doce clases, o tal vez menos, pero mi memoria insiste en decir doce veces, registrando además dos ausencias de Dauphine. La siguiente vez existió un cambio en el interior del cuarto de estudio: ya Dauphine se encontraba frente a su caballete y su tela, como siempre, pero una moza aguardaba en el centro de la habitación junto al maestro, acomodado en la silla de ruedas, indicándome imperioso el que ocupara mi lugar habitual, donde se encontraban a mi disposición una serie de cartoncillos de gran tamaño y tizas de distintos colores. El maestro y yo intercambiábamos miradas, en silencio, mientras yo revisaba mis nuevos materiales de trabajo. Dauphine se trasladaba notoriamente a uno y otro lado de su cuadro, abandonada su labor, observándonos, y finalmente tomó asiento en el alto taburete que por lo regular utilizaba a media jornada. En cuanto di señales de estar preparado, sin saber para qué, la moza comenzó a desvestirse: se quitaba una prenda y adoptaba una postura por unos instantes, enseguida seguía otra prenda más, cambiaba de posición y continuaba con su ejercicio, sin quedar nunca desnuda ya que iba intercalando el quitar y ponerse las prendas y, al terminar ese acto casi de magia, estaba otra vez completamente cubierta. La moza nos hizo una reverencia, se inclinó para besar la frente del maestro y salió de la habitación. El maestro avanzó hacia mí a trompicones hasta donde le fue posible en su silla rodante, se levantó y acercándose más me pidió que comenzara a dibujar.

Nada a tu alrededor existe, recuerdo bien sus palabras, sólo lo que viste y lo que no, pero que ahora vas a recrear.

En el descanso, dedicados a degustar del té, no comentamos nada sobre la moza, la que nunca más volvió a presentarse. Creo que esa vez el maestro permaneció la mayor parte del tiempo en silencio y todos estuvimos abstraídos en nuestras tazas y su contenido.

En la ocasión siguiente Dauphine volvió a faltar, yo estuve dedicado a mis cartoncillos de gran tamaño y el maestro se acercó en distintos momentos para ofrecerme sus consejos. El viaje de regreso me pareció increíblemente largo escuchando las palabras y risotadas de las empleadas y el murmullo de la pareja de ancianos rumbo a la empresa.

El lunes en la tarde Dauphine ya estaba allí, quitando del caballete el cuadro de las semanas anteriores y

colocando uno nuevo en su lugar. Vestía de negro, falda ancha, un suéter de cuello alto, calcetas y un gorro tejido sobre la cabeza. Iniciamos nuestros trabajos, cada quien en su sitio. Al sentarnos a la mesa para recibir nuestras tazas de té, a la mesa sólo lo hicimos ella, la esposa del maestro y yo, pues el anciano estuvo ocupado en su silla de ruedas, golpeando muebles y tirando cosas a nuestras espaldas, para mirar el inicio del cuadro de Dauphine y los cartoncillos míos. No le prestamos atención. Su esposa simplemente se encogía de hombros ante cada estropicio. Me pareció que el rostro de Dauphine tenía ahora un colorido más saludable, que su mirada era más vivaz. Cambiamos sólo unas pocas palabras entre nosotros, ella no conocía bien el idioma del pueblo, pero nos dijimos nuestros nombres y ambos estuvimos de acuerdo en ya saberlos de antemano y nos sorprendimos de haber nacido en el mismo mes y en el mismo día, aunque yo era menor por tres años. Luego la anciana y Dauphine se pusieron a hablar en su idioma extranjero y extraño para mí en ese entonces y allí siguieron en su coloquio en voz baja mientras yo regresaba a mi labor y a las indicaciones del maestro Folke. Poco antes del final de la jornada, la anciana y la joven terminaron su charla, Dauphine se puso encima un abrigo y recibió los dos besos en la frente. Yo tardé un poco en dejar arreglado mi lugar de trabajo, pero al salir ella estaba esperándome en el pequeño jardín del frente de la casa. Desde esa vez ya no volvió a presentarse por ella el imponente automóvil y su chofer. Y dieron inicio mis cortos viajes con Dauphine por ese sendero oscuro, donde el viento repetía su monótona canción, y en el autobús que nos regresaba al pueblo. Allí ya estaba la pareja de ancianos, acomodada en los primeros asientos, y Dauphine lo hizo en una de las siguientes filas, una de sus manos agarrando la manga izquierda del chaquetón que yo usaba, heredado de mi padre, para que me sentara a su lado en el angosto asiento. La quieta sonrisa de Dauphine en el trayecto, la mirada al frente. Su presencia inhibió en buena medida las charlas de la demás gente que el autobús fue recogiendo en el camino, pero no el sordo murmullo de los ancianos de adelante. Al cruzar el puente de madera, que era prácticamente la entrada al pueblo, Dauphine abandonó su quietud para girar su cuerpo hacia mí y abrocharme los botones superiores del chaquetón y levantarle el cuello, en una actitud protectora que me causó confusión. Su movimiento también provocó que el gorro tejido resbalara un poco de su cabeza, dejando al descubierto varios mechones de cabello blanco, y que parte de su muslo se apoyara sobre el mío, sin apartarlo hasta después de haber puesto el gorro en su lugar y terminar de decirme una serie de palabras, que a mí me parecieron como una larga oración. El autobús se detuvo en la plaza principal, donde yo era el único que

bajaba pues Dauphine y todos los demás continuaban el viaje hasta la empresa.

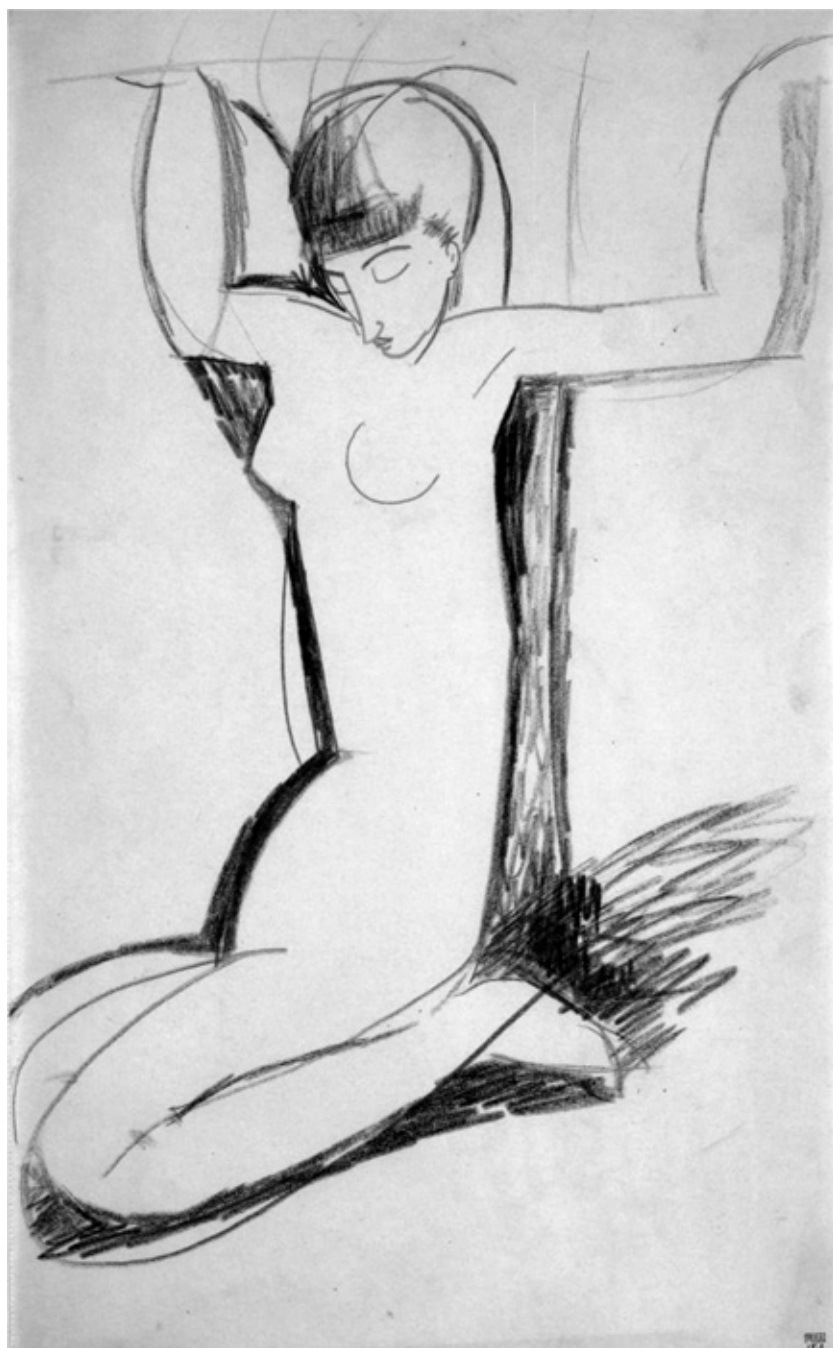
En mi recuerdo, las sesiones en casa del maestro y su esposa siguieron igual que antes, la labor en silencio de Dauphine y mía, cada uno en su lugar, los consejos del maestro, su atolondrado ir y venir en torno nuestro, el encogimiento de hombros de su esposa, el descanso para el té de frutas, los besos en la frente a la salida y el caminar en silencio por el sendero oscuro, sólo que ahora una mano de Dauphine buscando y apretando la mía hasta el momento de subir al autobús, donde ella escogía nuestro lugar en una de las últimas filas. Viajábamos en silencio, ella mirando al frente, yo contemplándola, y en mi campo visual también entraban, como en ráfagas, algunas veces la ladera de la montaña que culebreando descendíamos, otras la sombra del bosque con los pálidos reflejos de la luna, así como las luces nocturnas y aisladas de los caseríos y del pueblo. Con el paso del tiempo, aquello al otro lado de la ventanilla se convirtió en el mayor recuerdo de mis catorce años y fue el motivo principal de los cuadros de gran tamaño que, años después, tanta admiración despertaron en la crítica y el público, ya que esos manchones en blanco, en rojo y en azul sobre la superficie tortuosa del fondo les despertaban una emoción sensual. Ante las expresiones y críticas, yo me sonreía para mí mismo, no puedo decir que con satisfacción, sino con un sentimiento hasta entonces desconocido y único, pues bien sabía que a un lado de los límites del cuadro estaba el rostro de Dauphine, el cual nunca tuve el atrevimiento de incluir. Y posteriormente, causaron una mayor expectación la serie de cuadros donde varios manchones en ráfagas negras cubrían la mayor parte de la tela invicta y donde un ondulante color morado parecía viajar, como flotando, de uno a otro de los cuadros en una ilusión óptica al mirar todo el conjunto desde una determinada distancia.

Casi todo lo demás de esa época en el pueblo, apartada del territorio de la casa de los ancianos Folke, ha quedado en el olvido, algunas veces rescato la mirada triste de mi padre, algún callejón o una casa sin identificación precisa, la mirada de la profesora Peg, la borrosa construcción de la empresa en el final y en lo alto del pueblo. Todos los recuerdos están sobre todo centrados en el interior de aquel autobús, los cuerpos y las cabezas bamboleándose en los asientos enfrente de nosotros, el sonido de las palabras y del motor de la máquina y la sensación del cuerpo de Dauphine pegado al mío.

En el estudio del maestro yo seguía enfrascado en mi batalla por plasmar en las cartulinas ese provocar con líneas y manchas la cadena de asociaciones que surgían de la memoria. Eran muy raras las ocasiones en que mi mirada se apartaba de mi labor: allá en el otro extremo Dauphine seguía detrás de su nuevo cuadro y el maestro

pocas veces llegaba a contemplar su avance, trastrabillando o en su silla de ruedas, lo que sí hacía continuamente deteniéndose a mi espalda y por lo regular rezonando para luego alejarse resoplando.

Una tarde el viejo Folke recogió mis últimos trabajos y uno y otro los fue desechando, cada vez con más enojo hasta casi montar en cólera, enseguida se dejó caer en su silla de ruedas para lanzarse en ella contra todo lo que tuviera delante y sólo suspendió su esfuerzo ante dos o tres palabras en voz alta de su esposa, protegiendo la charola con la tetera y las tazas para degustar el té de frutas, lo que hicimos en silencio mientras el maestro Folke permanecía apartado de nosotros y aún refunfuñando. Luego Dauphine se levantó, fue a mirar mis dibujos desechados y también los hizo a un lado, de algún lado tomó unas cartulinas nuevas, las fue poniendo una a una en mi lugar de trabajo y esperó a que



Amadeo Modigliani, *Caridade arrodillada*, 1913



Amadeo Modigliani, *Beatrice Hastings*, 1915

yo ocupara mi sitio para ir a colocarse en el centro de la habitación. Allí se quedó quieta, rodeada por el silencio y nuestras miradas. Un momento después comenzó a imitar lentamente los movimientos y las acciones de la moza haciendo danzar la bufanda de color morado sobre las prendas negras de su vestimenta y la palidez de su cuerpo y a cada breve instante de quietud a mí me parecía que todo el espacio de la habitación recibía un toque de intensidad. Al poner término a su representación los jirones de su cabellera estaban en desorden, la mayor parte de ellos ralos, blancuzcos o cenicientos. Dauphine recogió su gorro tejido, caído en algún rincón, se lo encasquetó y regresó a su cuadro.

Más tarde caminamos tomados de la mano y en silencio el largo trecho hasta donde nos aguardaba el autobús. Por primera vez su mano no se desprendió de la mía en el interior, sólo lo hizo cuando decidió quitarse el grueso abrigo diciéndome confusamente del gran calor que sentía. Mis dedos tocaron su rostro, esa frente hirviendo, y acariciaron sus pómulos, la delicada nariz, el contorno de sus labios, e insistí en cubrirla con su abrigo, arrancándole una débil sonrisa antes de prote-

gerse en mi abrazo y ocultar su cara en mi hombro. Las mujeres habían comenzado a entonar, primero en voz baja, después con más brío, una canción tradicional llena de alegría. Dauphine se separó un poco de mí, pero su mano izquierda fue a contener la mía en su hombro, evitando perder el abrazo, y la otra a entrelazar sus dedos en mi mano derecha, para luego mirar hacia el frente y poner atención al canto que nos llegaba desde los asientos de adelante. Cuando el chofer tomó la última curva y el autobús comenzó a descender el tramo final, dejando atrás las sombras del bosque, Dauphine introdujo nuestras manos derechas bajo la protección del abrigo que nos cubría para posarlas sobre sus rodillas y de allí las hizo avanzar muy lentamente por la tibieza de sus muslos. Su cabeza se balanceaba ligeramente al compás de la melodía, los labios separados en una sonrisa apacible mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

La última imagen de Dauphine fue una sombra velada detrás de la ventana posterior del autobús, alejándose, al igual que la musicalidad de aquella alegre canción.

Durante unos meses más seguí acudiendo a la casa de los ancianos Folke, cada tercer día de la semana con la bufanda de color morado que una tarde me entregó el chofer después de aguardar por mí dentro del automóvil estacionado a un lado del sendero. Sólo dármele y volver a prender el motor y perderse cuesta abajo.

Todo comenzó a decaer en la vida de los habitantes del pueblo al iniciarse el nuevo año. Se mencionaba continuamente que la empresa estaba por cerrar sus puertas y las empleadas del autobús de mis regresos ya no volvieron a cantar ninguna canción.

Los vientos soplaban de mala manera en esa parte del mundo durante el crudo invierno y lo siguieron haciendo igual al cruzar por la primavera y entrar al verano en que abandoné ese pueblo en compañía de mi padre y poco después el país yo solo, con su bendición, un chaquetón nuevo, una dirección en la carta de recomendación del viejo Folke y las cartulinas y las telas aprobadas por él enrolladas en una serie de tubos de cartón.

Sí, algún día les contaré a mis dos amigos, entonces ellos también comprenderán por qué sigo insistiendo en conservar esa antigua bufanda de color morado y usarla en algunas ocasiones en que hace frío y sopla el viento.

La última noche en el estudio de la casa en la montaña, donde la anciana de figura delicada ya no existía, el viejo Folke me permitió ver el cuadro en que Dauphine había estado trabajando las últimas semanas: había quedado incompleto, pero a pesar de los manchones de diferentes colores, a veces sobrepuestos unos sobre otros, se podía percibir la figura de un muchacho desnudo que a su vez estaba pintando el desnudo de una mujer. **U**